

Lo que habita entre nosotros

Diego S. Lombardi

ARISTAS MARTÍNEZ: BADAJOZ, 2020

144 PÁGS.

Mombí

Por José Antonio Llera

Tras *Reflexiones de un cazador de hormigas* (2013) y *La coronación de las plantas* (2017), esta es la tercera novela del argentino Diego S. Lombardi. Se trata de una historia sostenida por la fascinación del narrador, periodista, hacia la actriz Ana Bo. Hablo de fascinación —hechizo, encantamiento y *espanto*— porque el lector no va a encontrar en estas páginas una historia de amor al uso. Todo queda más allá o más acá del relato sentimental y lo que sí reconocemos es el ámbito de lo fantástico en el que se ahonda: Lombardi crea una vacilación en el lector ante la aparición de lo sobrenatural, acaecido en un marco inicial realista que se descompone en oleadas alucinatorias.

Cuando en *Vita nova* Dante relata su encuentro con Beatriz, nos dice que de inmediato siente la presencia de un dios más fuerte que llega para dominarlo. Se suceden rápidamente la ebriedad, el apartamiento y los sueños, no sin un punto de horror, como todo lo que nos transforma radicalmente. Ya Platón se había referido a la locura erótica, infundida por Afrodita y Eros. Sin embargo, en esta novela se dinamita todo ese pensamiento fundacional; se nos presenta a una Ana Bo que no es precisamente una *donna angelicata*, sino un ser perturbador que no pertenece al paradigma de la mujer devoradora. La naturaleza del encuentro entre Dante y Beatriz también ha mudado de forma sustancial: la visión de la actriz tiene lugar en la pantalla y es su carne de píxel lo que subyuga. Por la potencia onírica del relato pienso en algunos modelos con los que podemos vincular la

novela, como la *Aurélia* de Nerval o *La obediencia nocturna* de Melo, ambos inspirados en la persecución de una mujer nebulosa e ignota. Y, sobre todo, me viene a la mente *Nadja* de Breton, donde, más que un relato acerca del amor, lo que tenemos es una encarnación de la estética de lo maravilloso surrealista. Hay otros homenajes claros, como los que se tributan a Kafka, Lovecraft, Nabokov o Lautréamont.

El encuentro del narrador con la actriz pone de relieve esa convivencia del deslumbramiento con el horror: «Había lanzado el chillido forzando las contracciones de su semblante hasta el límite de no reconocerla, parada y moviendo la cabeza en un enloquecido y mecánico vaivén». A este auténtico *devenir animal*, el narrador, rehén de la imagen de Ana Bo (de su fantasma), le va a asignar un nombre: «mombí». Es decir, una especie de raptó o éxtasis que, llevándonos en vertiginosa metamorfosis al mundo de los instintos, tensa las clavijas de lo fantástico y percute con la fineza del estilo. Pues el talento de Lombardi no se cifra tanto en la construcción de una trama cuanto en la capacidad para transmitir huellas visionarias y rastros vermiculares, en su habilidad para sumergirnos en los rituales delficos de la extrañeza y contar —una a una— todas sus patas y antenas.

La segunda parte de la novela compone un cierto anticlímax narrativo. En *flashback*, el narrador nos cuenta la vida pasada de Ana Bo en una isla, donde aprende a pintar lejos de la coerción de sus padres. Tras la desaparición de la actriz, el narrador prepara su huida y su arrebató, que acontecen en el último capítulo, en el que asistimos a un cambio en la identidad sexual —al fondo el mito de Tiresias— y a la inmersión en la sangre. El sujeto se acerca entonces a lo monstruoso o *abyecto de sí* (Kristeva), a una confrontación con lo Otro, con las fuerzas inmanentes e incontrolables de la vida, con lo dionisiaco. Aunque el narrador vuelva a la *polis*, la transformación en el espacio de lo selvático-inconsciente ya se ha producido y resulta por ello irreversible.

